Urbanización, elecciones y cultura política. El Distrito Federal de 1985 a 1988

Guadalupe Pacheco

LAS CIUDADES han desempeñado un papel de vanguardia en la modernización de la sociedad, en la separación del poder político de sus bases estamentales o patrimoniales y en la constitución de una sociedad política fundada en la igualación de los derechos de los ciudadanos. Cuando la organización del espacio urbano dejó de estar sometida a órdenes tradicionales, los fundamentos del consenso y de la integración social cambiaron sustancialmente. El carácter del funcionamiento social dejó de ser adscriptivo y pasó a fundarse en la legitimidad racional del orden existente. Esta nueva racionalidad generó expectativas compartidas respecto a la aplicación igualitaria de la ley. Los efectos modernizadores propiciados por el crecimiento urbano introdujeron modificaciones en la organización del espacio social y su gestión, lo que planteó nuevos problemas en el terreno político (Duhau y Girola, 1990).

1. El comportamiento electoral del D.F. en 1985-1988

La acelerada urbanización que vivió el Distrito Federal durante las últimas décadas obedeció en gran medida a la expansión de asentamientos urbanos irregulares, especialmente sobre terrenos que perdieron su vocación ejidal (Azuela, 1989). Mi hipótesis es que esta evolución contribuyó a desestabilizar el funcionamiento de los mecanismos reproductores del predominio electoral del PRI en la capital del país. Aunque desde el inicio de los años sesenta, la entidad mostraba ya su desafecto electoral al PRI, nunca alcanzó a tener una magnitud tal que cimbrara la hegemonía política de la organización fundada por Calles. En 1988, la ciudadanía del D.F. que concurrió a las urnas, sólo apoyó al PRI con el 27% de votos.

Para algunos observadores, el fenómeno electoral de 1988 se explica por el surgimiento de movimientos populares sociales de nuevo tipo y por la emergencia de nuevas actitudes ciudadanas, que las burocracias corporativas no tuvieron capacidad de controlar. Otros puntos de vista, por el contrario, sostienen la continuidad que existe entre los movimientos sociales que se desencadenaron en décadas anteriores y los actuales, aunque estos últimos hayan adquirido una mayor extensión y radicalización en el contexto de la crisis económica.

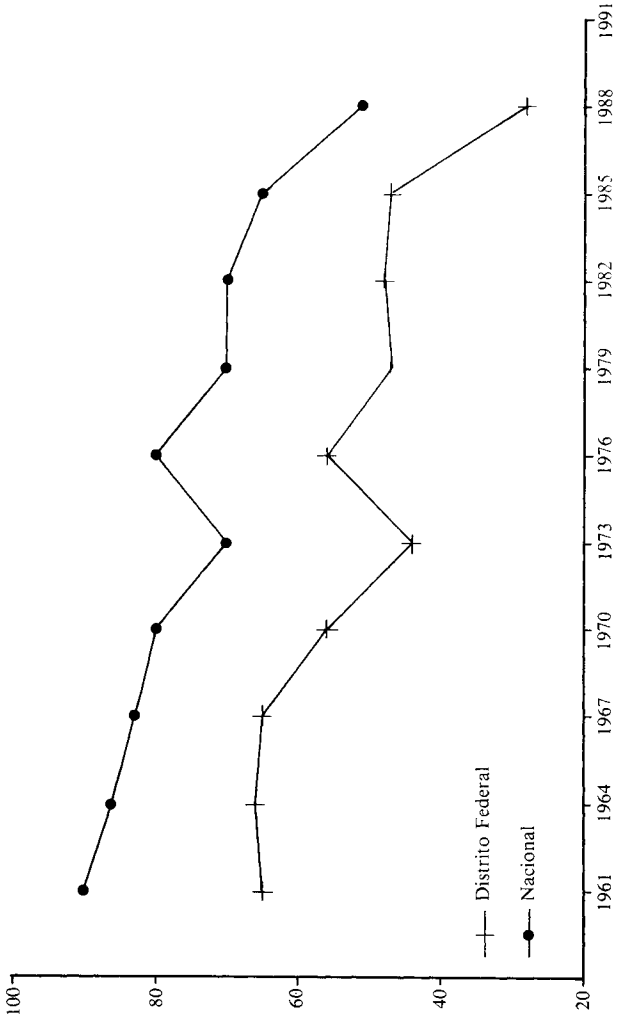
Esta segunda perspectiva cuestiona la consideración de la era clásica de la hegemonía priísta (1940-1968), pues considera que se exagera la fuerza de ésta, ya que en realidad existieron numerosos movimientos sociales no controlados por el PRI (Knight, 1989), lo cual es una observación acertada. Sin embargo, relega a un plano secundario los problemas que, en términos de intermediación política, se derivan del cambio social de largo plazo (Foweraker, 1989). Más aún, no toma en cuenta la importancia creciente que han venido cobrando los problemas relacionados con la gestión urbana (cfr. Núñez, 1990). En realidad, existen tanto tendencias de largo plazo que influyen en el comportamiento electoral de la sociedad, como la emergencia de nuevas problemáticas sociales que pueden llegar a manifestarse a la hora de acudir a las urnas.

En esta lógica, el proceso de declive electoral del PRI aparece no como algo inesperado, sino como un fenómeno progresivo que se agudizó en los últimos tiempos, tal como lo indican los porcentajes decrecientes de votación por el dicho partido en los últimos 30 años, si bien registra una importante inflexión entre 1985 y 1988. Aunque el D.F. siguió las mismas pautas nacionales de fluctuación del voto, siempre se ubicó en un porcentaje mucho más bajo (véase la gráfica 1). Las causas de esa agudización residen en varios factores: en primer lugar, en los efectos de la recesión e inflación de la economía, que proporcionalmente afectaron más a las clases populares, donde el PRI asienta su mayor fuerza electoral; en segundo lugar, las circunstancias políticas que precedieron a los comicios de julio de 1988, en especial el desprendimiento cardenista de la élite política, el cual buscó un apoyo electoral para sus posiciones.

Ciertamente, el descontento por la situación económica y la división en la élite política son factores de primer orden, pero no explican todo. Con anterioridad, ha habido otros procesos electorales en los que, a pesar de un contexto inflacionario y de ruptura dentro del PRI en el momento de la sucesión presidencial, los disidentes políticos no recibieron un apoyo electoral de la misma mag-

Gráfica 1

Votación por el PRI a nivel nacional y en el Distrito Federal, 1961-1988



Fuente: Comisión Federal Electoral.

nitud. En los años cincuenta cuando los sectores del PRI empezaban a ajustar sus maquinarias electorales, el país enfrentó un agudo proceso inflacionario que también afectó a las clases populares. En esa época aunque se registraron tasas positivas de crecimiento de la economía, ésta favoreció primordialmente la expansión de la clase media urbana, la cual se desinteresó de la política electoral o bien encontró en el PAN una alternativa para manifestar su opinión ciudadana. En esos mismos años, el PRI tuvo qe enfrentar un desprendimiento importante en sus filas, el del grupo henriquista. El apoyo externo que encontró no alcanzó la extensión de la revuelta electoral cardenista, pero sí causó inquietud en las filas de la élite política. No obstante, las dificultades electorales del PRI, nunca alcanzaron los niveles de 1988.

Hace falta, por tanto, tomar en consideración otros elementos que, en conjunción con los dos factores mencionados, nos permitan tener una comprensión más completa de lo acontecido en 1988. Ya desde 1985, los efectos de la crisis económica se habían dejado sentir, sin que esto tuviese un impacto evidente en las preferencias partidarias. Faltó un catalizador que transformase el potencial crítico hacia el sistema político en una conducta electoral (cfr. Guillén, 1988). En este sentido, la candidatura de Cárdenas fue un factor precipitante del descontento, principalmente en los estados del centro del país.

Pero otro elemento que también contribuye a explicar lo sucedido en 1988 fue el desquiciamiento que generó el proceso de urbanización en los agentes de intermediación política; este cambio en el componente urbano del electorado tuvo como consecuencia el desmantelamiento de uno de los principales mecanismos de movilización electoral en favor del PRI: los caciques urbanos de los barrios populares (véase Cornehus, 1986). La hipótesis que planteo es que la acelerada expansión que en las últimas dos décadas vivieron los barrios de la periferia interna del D.F. indujo cambios sociales que afectaron a las formas de intermediación política, lo cual también influyó en la fuerte caída del voto priísta capitalino. Asociado a ese proceso, se registró una modificación en las formas gubernamentales de dar respuesta a las gestiones de los colonos de esas zonas. Estas nuevas formas incidieron también en el proceso de desplazamiento del líder urbano tradicional como agente canalizador del voto. Los objetivos de este trabajo consisten en mostrar cómo se expresó electoral y territorialmente este fenómeno, y comprender que fue lo que llevó a un gran número de ciudadanos de la capital a votar por Cárdenas.

En las elecciones federales de 1988, en comparación con los resultados de 1985, se registraron modificaciones notables en la estructura del voto por partido, sobre todo desde la perspectiva del incremento de la competitividad alcanzada por el conjunto de los partidos de oposición. En el Distrito Federal, éstas se expresaron en una importante pérdida de sufragios por parte del PRI y en un incremento notable, a favor de los partidos integrantes del Frente Democrático Nacional (FDN) —Partido Popular Socialista (PPS), Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), Partido Mexicano Socialista (PMS) y Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM)—, tal como se puede apreciar en el cuadro 1. Ese incremento le permitió al FDN concentrar en el Distrito Federal la cuarta parte del total de sufragios que captó en todo el país.

Analizaré en primer lugar la distribución territorial de las transferencias del voto, basándome en los resultados electorales oficiales por distrito y en los datos del Perfil Ciudadano del Padrón Electoral. Trataré de establecer, a la luz de los problemas planteados

Cuadro 1

Votación oficial de las elecciones federales para diputados de mayoría relativa, en 1985 y 1988, en el Distrito Federal (*Porcentajes*)

Partido	*1985*	*1988*	*Variación (1988-1985)*
PRI	47	28	—19
PAN	24	24	0
FDN*	22	46	+24
Otros**	7	2	—5
Total	100	100	—
(N=)	(2 531 718)	(2 790 719)	

* Suma de votos en 1985 del PSUM, PPS, PST, PARM y PMT; en 1988 suma de votos del PMS, PFCRN y PARM. En ninguna de las dos elecciones hubo coalición general, pero en el caso de 1988 sí hubo en algunos distritos coaliciones específicas.

** Partido Revolucionario de los Trabajadores y Partido Demócrata Mexicano.

Fuente: Datos oficiales de la Comisión Federal Electoral (CFE). Los porcentajes están calculados sobre la votación efectiva, con redondeo.

inicialmente y de las evidencias obtenidas a lo largo del análisis agregado, una explicación del fenómeno electoral de 1988; en particular, el impacto que la modificación del espacio social urbano tiene sobre el comportamiento electoral territorial.

En segundo lugar, abordaré el análisis de los flujos o transferencias de votantes por partidos que se registraron entre 1985 y 1988, de acuerdo con los datos de la encuesta Comecso-1988, controlados por las variables de ocupación, ingreso y educación. Por último, utilizando esta misma fuente, realizaré un análisis comparativo de la opinión de los votantes priistas estables y aquellos nuevos electores que captaron los partidos del FDN; los temas de referencia son la situación económica, el sistema político y los procesos electorales; a partir de ellos, definiré las características del ethos del elector cardenista. (Respecto a las fuentes de información empleadas véase la nota metodológica, al final de este artículo.)

2. Espacio urbano y comportamiento electoral

El espacio desempeña un papel estructurante en la conformación de conductas sociales especificas (Lezama, 1990). Esta espacialidad también puede mediar el cambio en la producción de ciertos procesos políticos. Los fenómenos electorales son influidos por su contexto socioespacial, lo que se expresa en el patrón de distribución territorial del voto. Esto se debe a que la problemática que impone el espacio social urbano a una comunidad, la lleva a compartir experiencias comunes y a desarrollar patrones de conducta específicos, en cuanto colectividad que se define por el espacio común en el que habita. Las experiencias colectivas que comparten sus integrantes, se constituyen en un sustrato común que contribuye a estructurar patrones compartidos de conducta electoral (cfr. Hobsbawm, 1988).

Los procesos electorales, en la medida en que se organizan territorialmente, pueden llegar también a ser elementos constitutivos de la experiencia política de una comunidad socioespacial. La espacialidad es, pues, un rasgo común de la participación tanto en la problemática de la gestión urbana, como en la vida electoral de las ciudades. El patrón de distribución territorial del voto (zonas de influencia de un partido) se extiende sobre la superficie de diversos conglomerados sociales (colonias, barrios, unidades habitacionales) y entre ambos planos se establecen vasos comunicantes que permiten la interacción entre ellos. Las experiencias colectivas te-

rritoriales que comparten sus integrantes se constituyen en un sustrato común que contribuye a estructurar patrones compartidos de conducta que pueden también expresarse en el terreno electoral. En este sentido, hay que subrayar la coincidencia entre el papel del espacio como uno de los elementos definitorios de una comunidad social urbana y el carácter territorial de los procesos electorales.

Aún más, en el caso del Distrito Federal, la distribución espacial de la población se manifiesta en un reparto por áreas (barrios, colonias, unidades habitacionales) de los diferentes estratos socioeconómicos; este reparto, por una parte, da expresión geográfica al proceso histórico reciente de la urbanización, y por otra, pone de manifiesto el proceso de segregación provocado por la desigual distribución del equipamiento urbano (J. Delgado, 1990, pp. 253-261).

En efecto, el desarrollo de sucesivos asentamientos poblacionales en la capital muestra que se trató de un fenómeno diferenciado y escalonado a lo largo del tiempo, y que los distintos grupos de colonos y vecinos afrontaron problemáticas diferentes, cuya variación estaba en función de las políticas públicas vigentes en el periodo que les tocó vivir (gasto estatal, política y gestión urbanas, canales de control de la participación). Los colonos de los barrios marginados adoptaron en función de ellas variadas formas de organización y de acción, para articular sus demandas relativas a la regularización de la propiedad, introducción de servicios públicos, apoyo para construcción de viviendas etc. Así, se fueron configurando patrones de socialización que influyeron sobre los procesos de aprendizaje y participación política (Cornelius, 1986, pp. 14-23), que asumieron características muy diferentes de las que prevalecieron en las colonias de clases medias y altas, cuya orientación fue más individualista.

Veamos ahora cuál fue la distribución territorial de la participación electoral en 1988, para establecer posteriormente la relación que existe entre la historia del desarrollo urbano reciente y el comportamiento electoral.

2.1 *La distribución territorial del voto*

Tradicionalmente, el alto voto por el PRI siempre ha estado asociado a colonias de perfil popular, caracterizadas por la presencia de amplios grupos sociales de bajos ingresos, escaso nivel educativo y ocupaciones poco calificadas, en particular sobre los distritos ubicados en la periferia interna del Distrito Federal. En esos subur-

bios se registraron aceleradas tasas de urbanización durante las últimas dos décadas, debido primordialmente a la instalación de asentamientos humanos, por lo general irregulares en su inicio, donde se concentró una población marginada de los servicios urbanos básicos y sin título legal de propiedad del predio sobre el que vivían.

Este tipo de población es la más susceptible de ser movilizada electoralmente a través de mecanismos clientelares controlados por los líderes de colonos. Estos caciques urbanos, estaban controlados básicamente por las organizaciones corporativas del sector popular. Junto con el resto del andamiaje de las organizaciones sectoriales del PRI, esos líderes articulaban las campañas electorales a nivel territorial y local. Sin embargo, debido al carácter ocupacionai-adscriptivo de las organizaciones sindieaies y al desplazamiento de estos líderes urbanos, se fue deteriorando su funcionalidad electoral en la sociedad metropolitana.

Por el contrario, en el D.F. existen otro tipo de distritos, donde se concentran las colonias de clases medias y altas, a menudo con mayor antigüedad en la ciudad, y con un promedio elevado de electores de nivel educativo medio y alto. Ahí, la movilización clientelar del voto tiene menos peso, debido a las características sociales de sus habitantes, lo cual favorece la presencia del electorado panista. En estos distritos, incluso antes de 1985, los niveles de votación por el PRI son más bien bajos y el nivel de competitividad del PAN ante el PRI tiende a ser elevado. Asimismo, el sufragio tiende a constituirse en un voto de opinión, que los partidos conquistaron desde hace tiempo.

Aunque ya existía en el D.F. una clara tendencia descendente del voto por el PRI, sus maquinarias electorales lograron todavía en 1985 hacer funcionar, en las zonas populares, los mecanismos necesarios para lograr registrar tasas más altas de sufragios en su favor, así como contener la presencia panista en los distritos donde predominaban las clases medias y altas. No en todos los casos se alcanzó ese objetivo, aunque sí se cubrieron ciertos mínimos de votación. Pero en 1988, ante la inesperada oleada cardenista, no pudieron mantener su funcionaiidad y el porcentaje del PRI deseendió 23 puntos en promedio en los distritos electorales capitalinos.

Fue precisamente ahí, donde el PRI obtenía sus porcentajes más altos, donde las pérdidas de sus sufragios tendieron a ser mayores en 1988. Paradójicamente, en los distritos donde el PAN era relativamente más competitivo ante el PRI, la pérdida de votos por parte de este último fue mucho menor que en los tradicionales distritos de hegemonía priísta, y en 1988 mantuvieron un alto índice de

competitividad, lo que aseguró catorce victorias de diputados uninominales al PAN.

Si analizamos los mapas 1 y 2, donde ilustramos respectivamente los cambios en la votación por el PRI, el FDN y el PAN entre 1985 y 1988 en los distritos electorales (calculados a partir de los datos oficiales de la CFE para esos dos años), y contrastamos esta información con la que se desprende de los mapas 3, 4 y 5, donde se presentan a nivel distrital los niveles de baja educación, de trabajadores manuales y de zonas de bajos ingresos, entre la población registrada en el padrón, se constata lo que hemos venido señalando. El patrón de distribución territorial de la transferencia de los votos (*swing*) coincide con ciertas características socioeconómicas de sus pobladores: el PRI retrocede y el FDN avanza en los distritos de mayor población popular, mientras que el PAN se consolida en los distritos donde predominan las clases medias y altas.

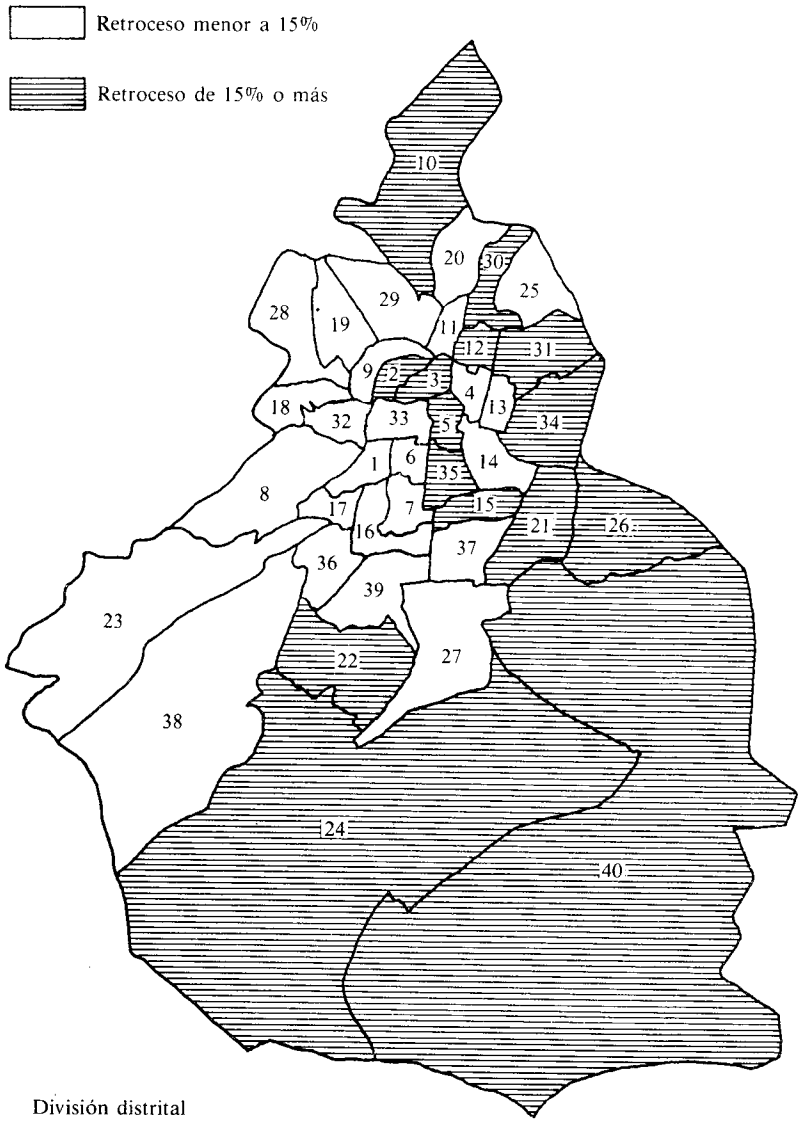
El PRI perdió 15 o más puntos de votación respecto a 1985 en 15 de los 40 distritos electorales capitalinos (2, 3, 5, 10, 12, 15, 21, 22, 24, 26, 30, 31, 34, 35, 40). En todos ellos, salvo en el 2, existía entre la población empadronada un porcentaje igual o superior a la media distrital con gente de bajo nivel educativo (57% o más empadronados tenían entre 0 y 6 años de estudio). En casi todos, excepto en el 2, el 12 y el 35, el padrón registraba un porcentaje de trabajadores igual o superior a la media (21% y más). De estos mismos 15 distritos nueve incorporaban en su territorio extensas áreas de bajos ingresos (10, 15, 21, 22, 24, 26, 30, 34 y 40).

Los diez distritos donde los partidos del FDN incrementaron su votación en 30 o más puntos (10, 12, 21, 22, 24, 25, 26, 30, 31, 40), con excepción del 12, tienen un porcentaje de trabajadores que se ubica por encima de la media y comprenden amplias zonas de bajos ingresos dentro de sus demarcaciones territoriales; y todos, sin excepción, tienen una proporción de población con bajo nivel educativo por encima del promedio distrital de la entidad. En contraste con lo anterior, en los 15 distritos donde el PAN avanzó cinco o más puntos (1, 2, 7, 9, 14, 16, 17, 19, 27, 28, 29, 33, 35, 36, 39), salvo el 19, el 28 y el 29, el porcentaje de trabajadores estaba por debajo de la media. En todos, excepto los distritos 9, 28, 29, 35, el porcentaje de la población empadronada con bajo nivel educativo es inferior a la media; ninguno, excepto el 2, presenta zonas de bajos ingresos que ocupen una parte importante de su territorio.

El análisis territorial indica que los flujos de votación fueron acentuados en los distritos donde predominan las clases populares e incluso existen bolsones marginados. Ahora bien, estos grupos

Mapa 1

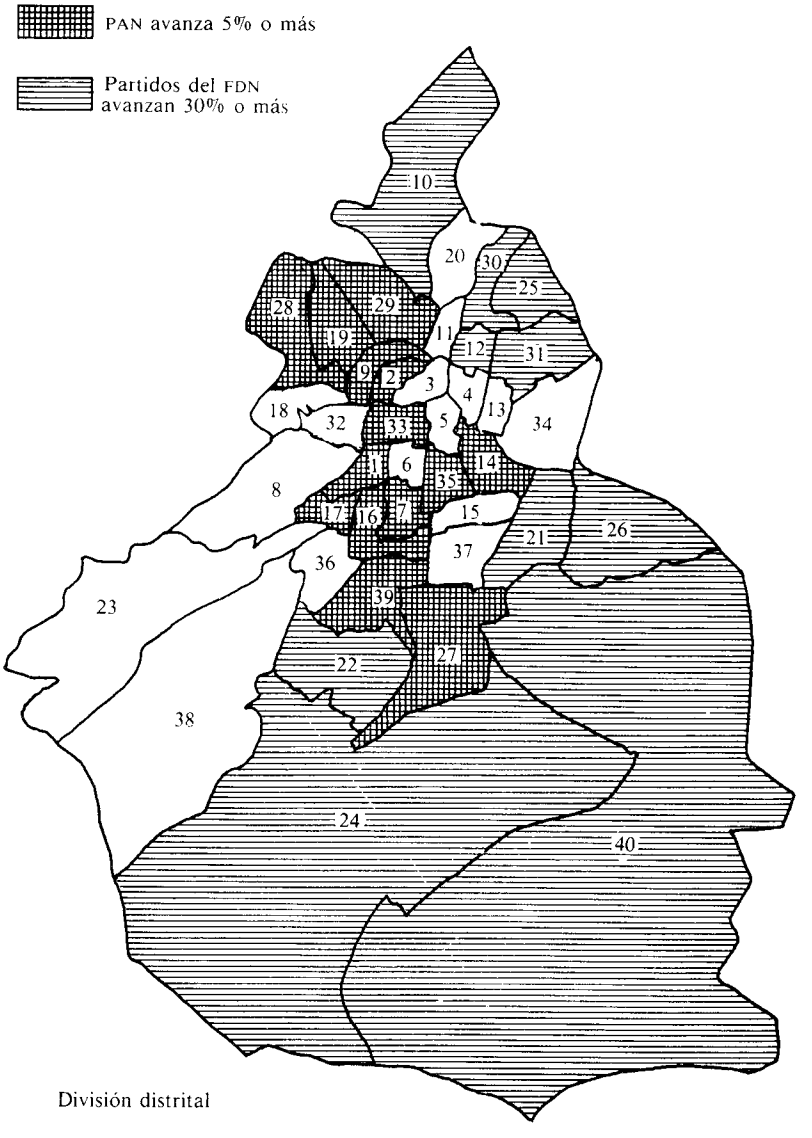
Retroceso de la votación del PRI entre 1985 y 1988
en el Distrito Federal



División distrital

Mapa 2

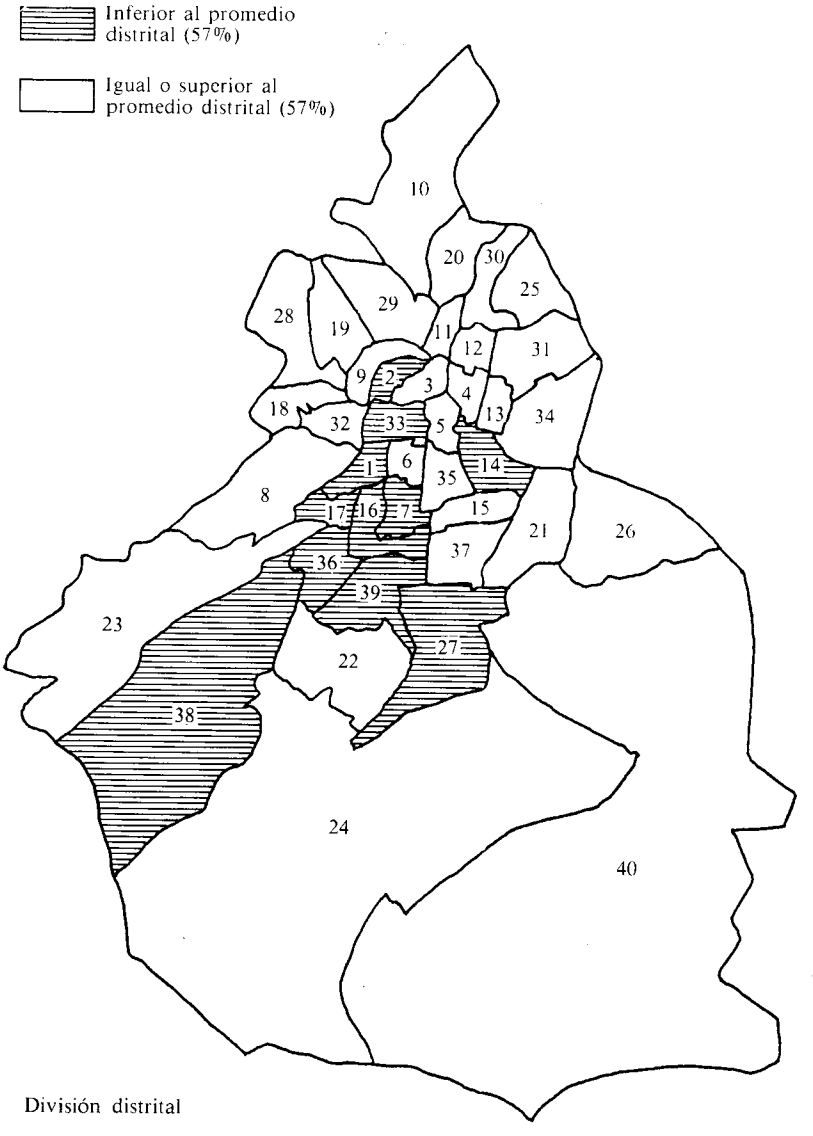
Avance de la votación de oposición entre 1985 y 1988
en el Distrito Federal



División distrital

Mapa 3

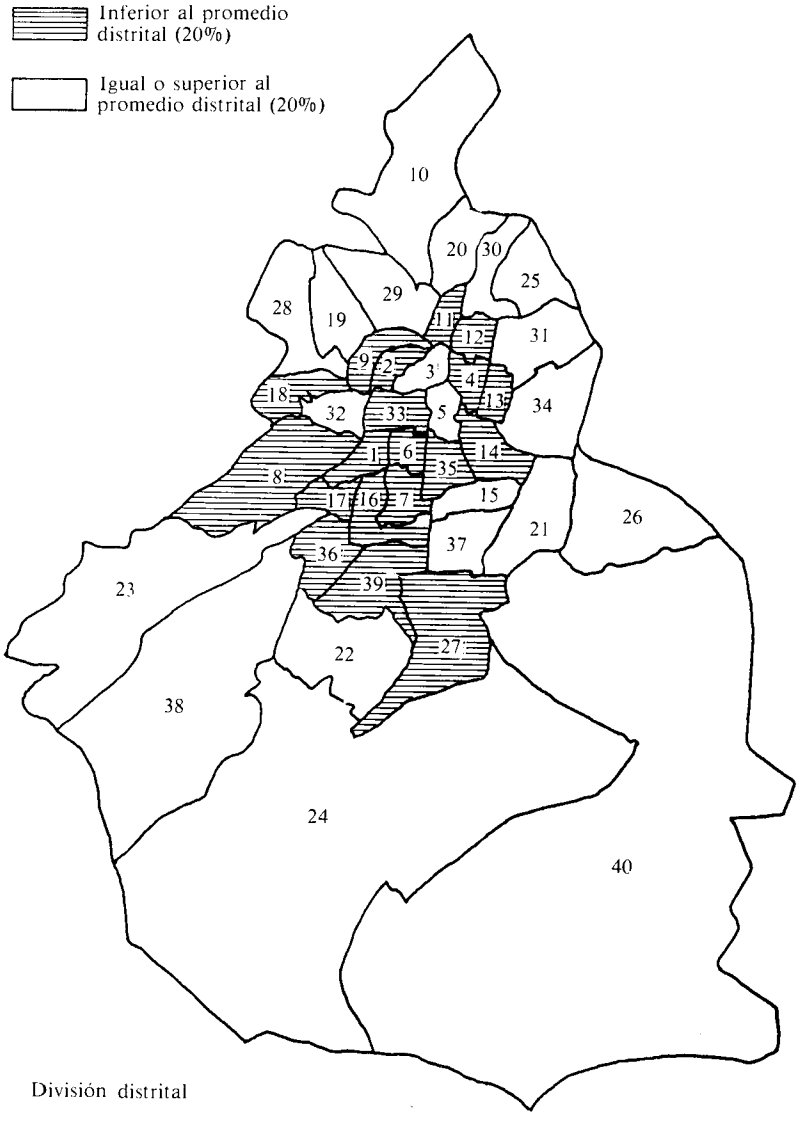
Población empadronada de bajo nivel educativo en 1988



División distrital

Mapa 4

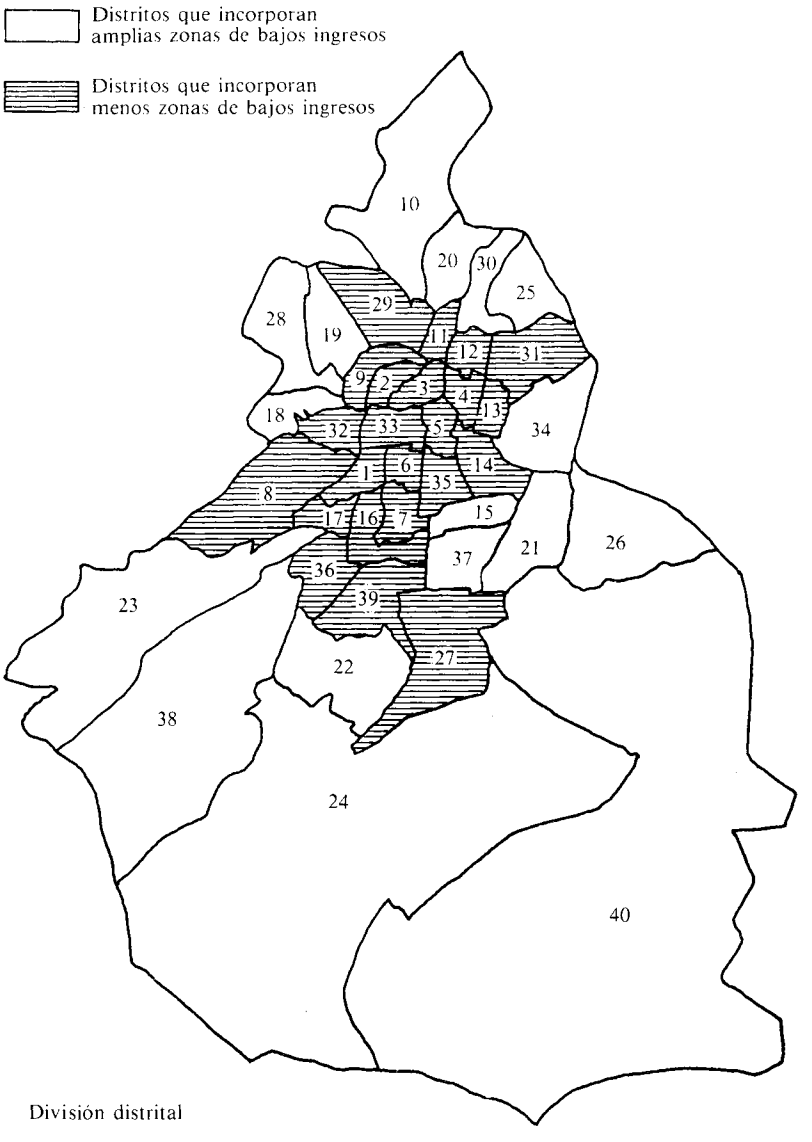
Población empadronada que se dedica a ocupaciones manuales, 1988



División distrital

Mapa 5

Población de bajos ingresos (hasta 2.5 salarios mínimos)



División distrital

sociales son los que mayormente explican las elevadas tasas de crecimiento poblacional del D.F. en las últimas décadas.

2.2 *Urbanización y cambio político*

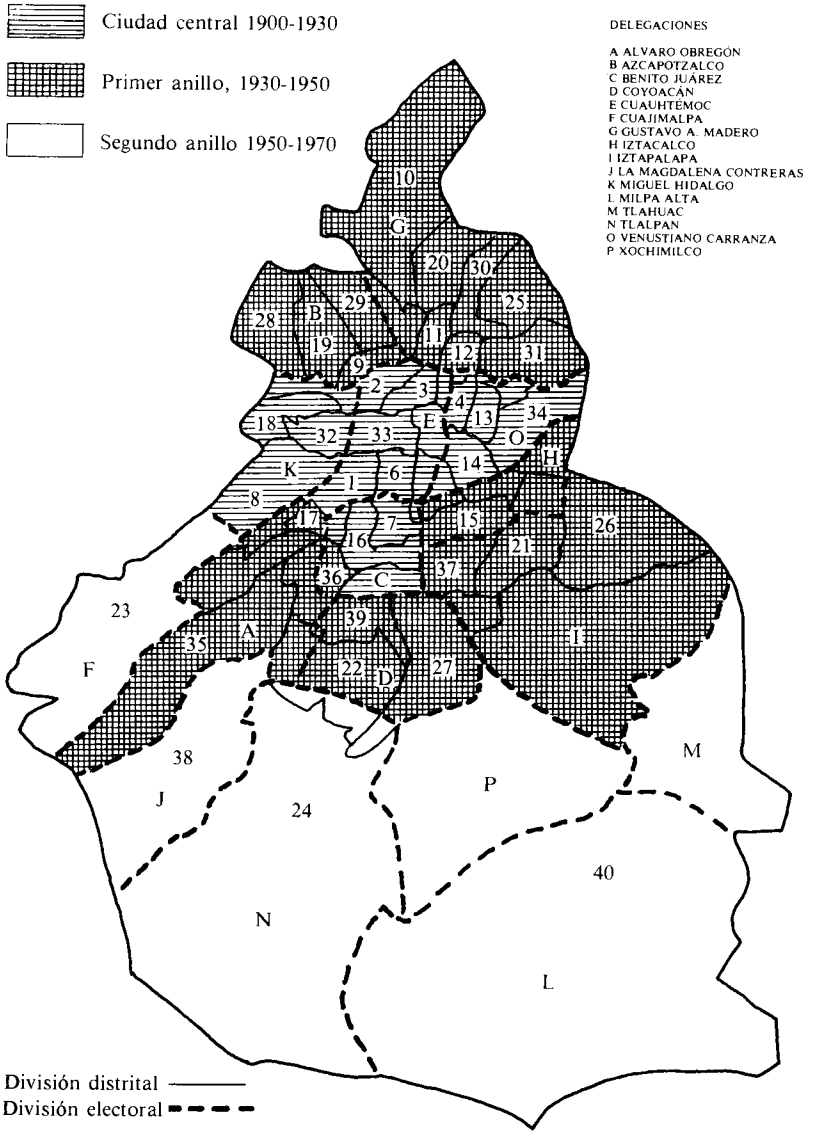
Para comprobar si existe alguna coincidencia entre los periodos de la expansión urbana y el comportamiento electoral de 1988, hay que ubicar las grandes fases de la conurbación de la parte de la Ciudad de México que corresponde al Distrito Federal (Delgado, 1988, pp. 104-116; Unikel, 1976, cap. IV). En primer lugar está la ciudad central, que se expande y satura entre 1900 y 1930, constituida por las delegaciones Cuauhtémoc, Benito Juárez, Venustiano Carranza y Miguel Hidalgo; enseguida se desarrolló el primer anillo de conurbación entre 1930 y 1950, cuando la ciudad se expandió sobre las delegaciones Azcapotzalco, Gustavo A. Madero, Alvaro Obregón, Coyoacán, Iztapalapa e Iztacalco. Esta oleada continúa entre 1950 y 1970 con el segundo anillo de conurbación e incorpora a Tlalpan, Xochimilco y la Magdalena Contreras. Sólo Cuajimalpa, Tláhuac y Milpa Alta mantienen un carácter rural, pero han registrado crecimientos relativos muy importantes en su población, que indican un incipiente proceso de conurbación (véase el mapa 6).

De acuerdo con las cifras corregidas del censo de 1980 y las preliminares del censo de 1990 (Porras, 1990), las cuatro delegaciones de la ciudad central y parte del primer anillo (Azcapotzalco, Iztacalco y G.A. Madero), registraron descensos absolutos de su población en la última década; mientras que las delegaciones de la parte sur del primer anillo (Iztapalapa A. Obregón y Coyoacán), junto con las del segundo anillo y las rurales registraron incrementos poblacionales absolutos (véase el mapa 7).

Desafortunadamente, las delimitaciones anteriores son aproximadas, pues los datos de crecimiento poblacional y urbanización están registrados por delegación. Para encontrar un indicador aproximado del crecimiento poblacional por distritos electorales, utilicé los datos del padrón de 1982 y de 1988, para construir a partir de ellos el índice de crecimiento de la población empadronada en cada distrito (año base: 1982 = 100). Este sistema tiene un inconveniente, que el número de electores o de gente en edad de votar presenta características diferentes que el total de la población, debido a la estructura de la pirámide de edades en México; pero tiene la ventaja de medir la población adulta por distrito, siempre y cuando se parta del supuesto de que la labor de empadronamiento se realiza homogéneamente en los distritos.

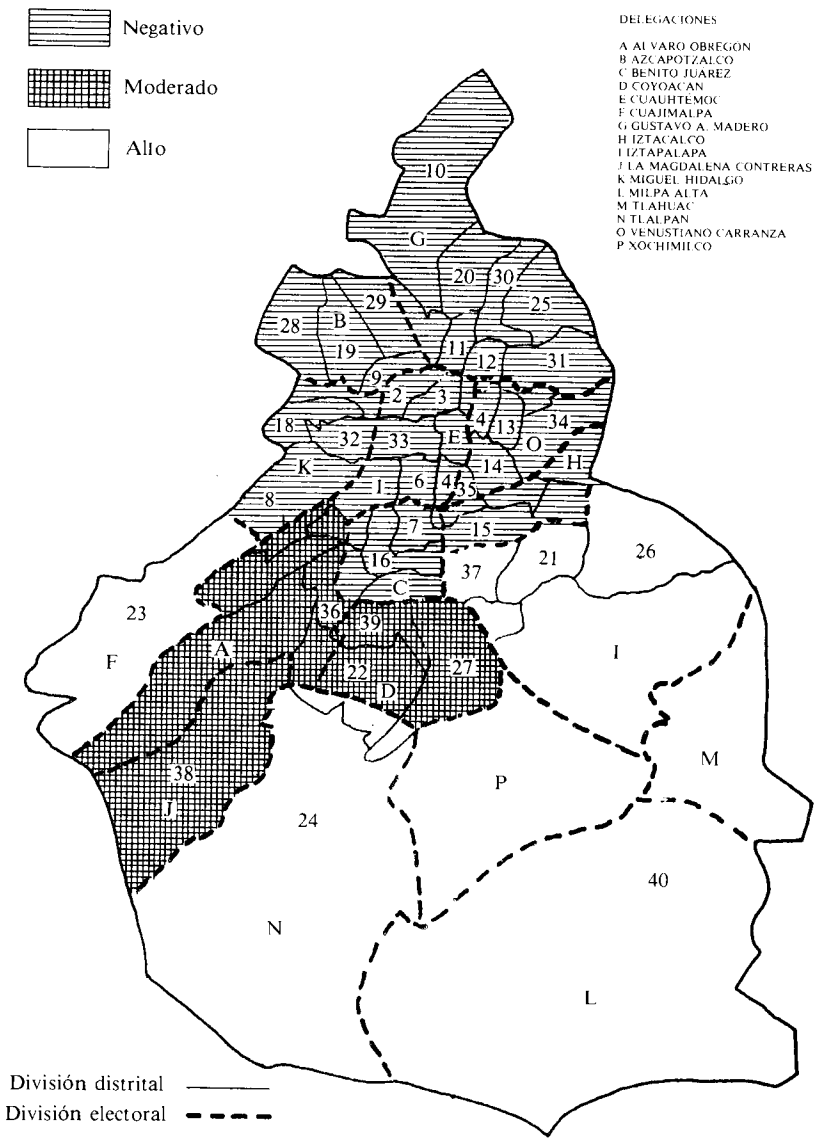
Mapa 6

Etapas de expansión urbana en el Distrito Federal, 1900-1970



Mapa 7

Incremento de la población delegacional entre 1980 y 1990 en el Distrito Federal



Como se puede apreciar en el mapa 8, los distritos ubicados en la antigua ciudad central y partes del primer anillo de conurbación, mantienen un crecimiento estable del padrón ciudadano (el índice de crecimiento se sitúa entre 95 y 105); las excepciones son los distritos 2, 3 y 5. Estos tres últimos, más los que se ubican en partes del primer anillo, se aúnan a los distritos ubicados en las delegaciones de todo el sur del D.F. y partes periféricas de la mitad norte. En éstos, el patrón creció a un ritmo más alto (el indice se ubicó en estos distritos entre 106 y 117).

Resulta razonable suponer que la acelerada expansión demográfica que registraron ciertos distritos electorales influyó de alguna manera en los resultados electorales del PRI en 1988. Dado que el padrón creció mucho, desbordó en esas zonas la organización del trabajo electoral del PRI, el cual estaba obligado a organizar territorialmente campañas, apoyándose, en buena medida, en organizaciones corporativas definidas por su adscripción ocupacional, pero sin arraigo espacial. Así, en 24 de los 28 distritos con seccionales de baja densidad del padrón (con un promedio inferior a 850 electores por seccional), el PRI logró igualar o rebasar la votación global que obtuvo en el Distrito Federal. A la inversa, en diez de los 12 distritos con seccionales de alta densidad del padrón (promedio igual o superior a 850 electores), no logró rebasar el nivel de votación que alcanzó en la entidad (véase mapa 9).

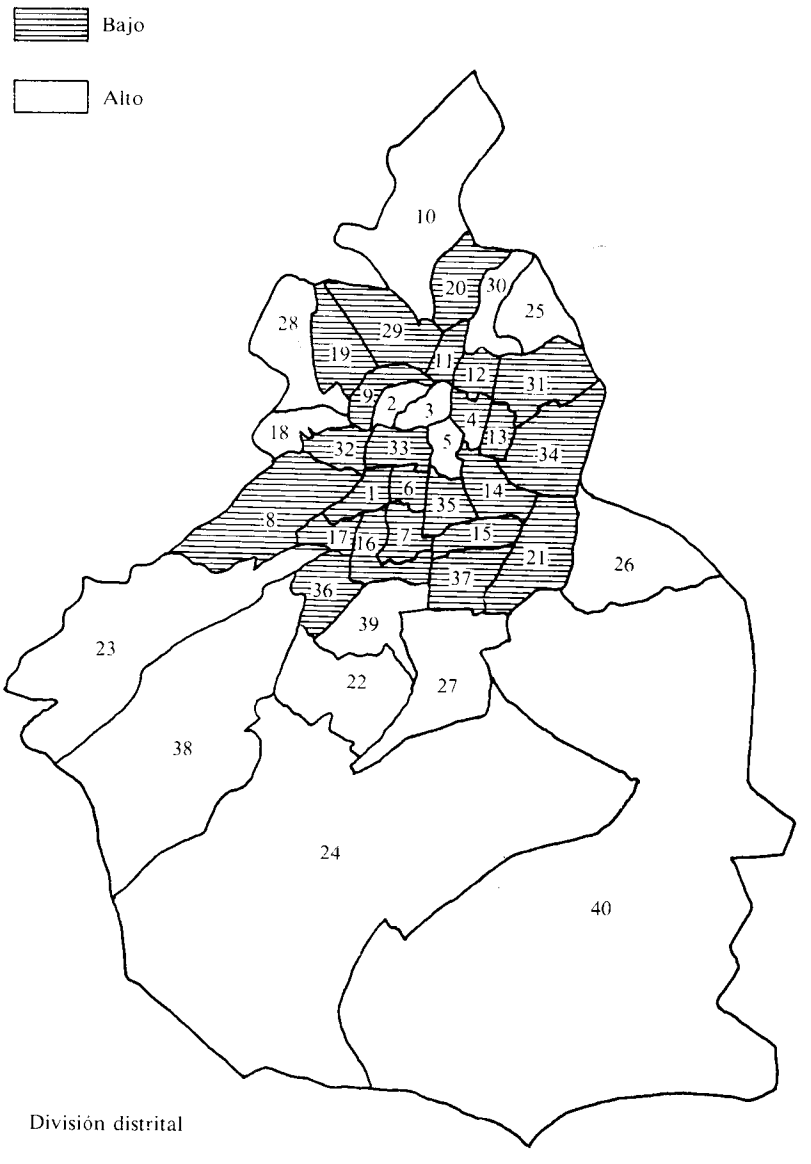
Este ángulo sólo nos habla del impacto electoral del crecimiento poblacional en sí, pero ahora hay que tomar también en consideración los procesos cualitativos que involucró ese crecimiento poblacional, tales como la erosión de las maquinarias priistas urbanas y la crisis en los eslabones intermedios de la representación y el control político, en los distritos populares.

Es claro que las zonas donde el PRI perdió más puntos en las elecciones de 1988, coinciden con los distritos de mayor avance cardenista en los que, como lo mostramos antes, los indicadores de presencia de población popular son más altos que el promedio distrital. También es destacable que los anteriores fenómenos político-sociales tuvieron lugar en dos tipos de espacio urbano: por una parte, el de los barrios pobres de la vieja ciudad central y, por otra, el de la periferia conurbada que corresponde a partes de las delegaciones del primer anillo, a las del segundo anillo y las rurales; en ambos casos en un contexto donde predomina la población de escaso nivel educativo que tiene ocupaciones de poca calificación y bajos ingresos.

En el caso de los distritos electorales ubicados dentro del cintu-

Mapa 8

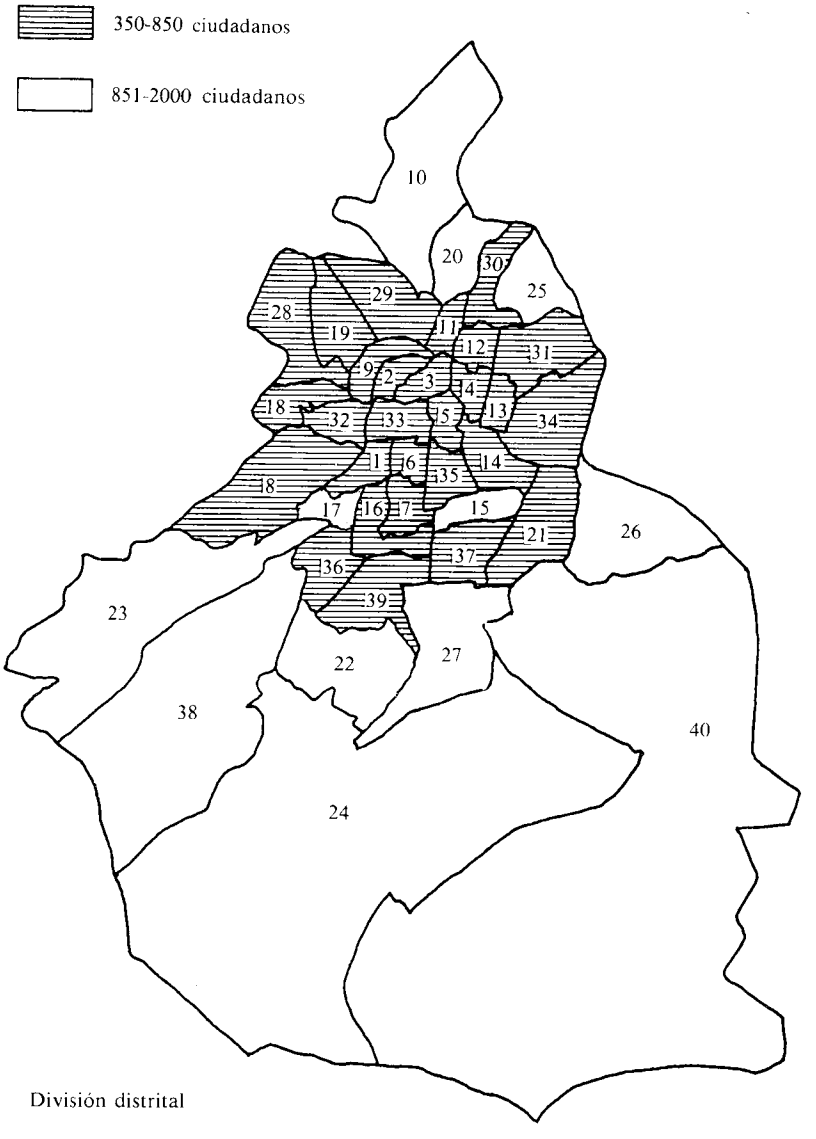
Índice de crecimiento del padrón 1982-1988



División distrital

Mapa 9

Tamaño promedio de los seccionales (ciudadanos empadronados)



División distrital

rón de la antigua ciudad central, encontramos que, además de ser la sede de numerosas dependencias del sector público y de comercios, abrigan a pequeñas empresas familiares y a una población pobre, pero de viejo arraigo en la capital del país; por lo que la presencia de líderes articuladores con el PRI se basa sobre todo en la adscripción ocupacional (Eckstein, 1982). Aunque también el problema de la vivienda es importante para ellos, no se debe a problemas de irregularidad en la propiedad, sino al deterioro de las construcciones en las que viven, a menudo con rentas irrisoriamente bajas. Esto cobró una importancia crítica a raíz del gran sismo de 1985. Gran parte de estas colonias resintieron fuertes daños ocasionados por el temblor. La dureza de la respuesta gubernamental a las demandas populares de reconstrucción, durante los primeros meses posteriores a ese desastre, generó en los damnificados una actitud de repudio a las organizaciones cenopistas del PRI de esas colonias (Michel, Mecatl y Ziccardi, 1988; Terrazas, 1988). Estos factores, combinados con los efectos de los años de crisis económica, encontraron su expresión electoral en 1988.

Por otra parte, en las zonas de acelerado crecimiento poblacional de la periferia del D.F., se configuran grupos sociales con una problemática específica, en la que la resolución del problema de la regularización de la propiedad, de la construcción de vivienda y del equipamiento urbano mínimo ocupan un lugar esencial. Las características sociopolíticas de estos pobladores, los llevan a formar organizaciones de colonos donde el papel del líder es esencial para llevar a cabo la gestión de sus demandas ante las autoridades competentes; son auténticos caciques urbanos que también asumen la función de organizar el apoyo a los candidatos del PRI en los momentos electorales.

Sin embargo, en la medida en que los problemas de los habitantes de estos asentamientos se resuelven y sus moradores se adaptan al entorno urbano, se modifican sus patrones de socialización política. Esto mina paulatinamente la red de relaciones sociales sobre la cual descansa el control que el líder ejerce sobre los colonos y sienta las bases de su desplazamiento como intermediario político (Cornelius, 1986). Además la función de gestoría cubierta por los líderes es transferida a dependencias gubernamentales, lo cual hace cambiar de dirección las expectativas políticas de los colonos. Por su parte, los nuevos agentes gubernamentales institucionales, independientemente de la eficiencia o ineficiencia de su actuación ante las demandas urbanas, no realizan la función canalizadora del voto que aseguraban los líderes tradicionales.

Este proceso de institucionalización en la resolución de las demandas urbanas, en particular la regularización de la propiedad predial, vio nacer su periodo de auge en los años setenta (cuando se crearon Fideurbe, Indeco, la Procuraduría de Colonias Populares, Corett, Codeur), para luego sufrir una severa retracción a partir de 1982, fundamentalmente debido a la escasez de recursos financieros (Ward 1989a, cap. IV). Esto fue resentido por los colonos y también contribuyó a desarticular la presencia de las organizaciones y líderes priistas, lo que asimismo se manifestó en el comportamiento electoral de 1988 (cfr. J. Foweraker, 1989 y también P. Ward, 1989b). Así pues, este desplazamiento de la forma tradicional de organizar la representación política entre los ciudadanos pobres de la capital del país contribuyó a desarticular el funcionamiento de uno de los mecanismos que aseguraban la reproducción del predominio electoral del PRI en el Distrito Federal.

3. Las transferencias electorales entre 1985 y 1988

Hasta aquí hemos analizado las relaciones entre el comportamiento electoral y las variables socioeconómicas, de acuerdo con las características ecológicas de los distritos electorales. Ahora procederemos a efectuar un análisis similar de acuerdo con la información obtenida por la encuesta Comecso-1988. La comparación de las características de la movilización electoral de 1985, con las de 1988, aporta elementos para una mejor definición de los cambios de actitud hacia la participación y las modificaciones de preferencia partidaria, que hicieron posible el resultado de 1988.

En el caso de las encuestas levantadas en México, la intención declarada de acudir a las urnas fue siempre mucho más alta que la observada, debido a factores específicos de la cultura política prevaleciente (R. Gutiérrez y G. Pacheco, 1990) y esa cifra se eleva aún más con la proximidad de los comicios. Un primer criterio para aproximarnos más a la cifra de votantes reales, es considerar como tales únicamente a aquellos casos que, además de declarar que van a votar, sí especifican por cuál partido lo harán.

Los electores de 1988, de acuerdo con los datos de la encuesta, no tuvieron el mismo comportamiento que en 1985. En este último año, del total de entrevistados ($n = 869$) sólo el 88% tenía la edad requerida para votar; esto equivale a que, de aquellos que tenían 18 o más años en 1985, el 62% dijeron haber votado e indicaron por cuál partido lo hicieron; esta cifra se acerca al 55% oficial. Para

Cuadro 2

Participación electoral en 1985 y 1988
(*Porcentajes respecto al total muestral, n = 869*)

	Voto en 1988	*Abstención en 1988*	*Total*	*(N =)*
Voto en 1985	43	11	54	(495)
Abstención en 1985	17	17	34	(270)
Menor 18 años en 1985	9	3	12	(104)
Total	69	31	100	
(N =)	(616)	(253)	(869)	

Fuente: Encuesta Comecso-1988.

las elecciones de 1988, el 69% del total muestral manifestó su intención de acudir a las urnas para votar por algún partido, lo que rebasó con mucho al 55% oficial de 1988 (véase el cuadro 2).

Entre los votantes entrevistados de 1988 encontramos tres tipos de electores: *1)* aquellos que declararon ya haber votado en 1985 y que constituyen dos tercios de los que tenían intención de votar en 1988; *2)* en segundo lugar, un grupo que en 1985 se abstuvo de votar a pesar de tener la edad legal para hacerlo, pero sí tenía intención de participar en 1988; *3)* un conjunto de jóvenes electores que en 1985 no tenían aún edad para votar. Los abstencionistas de 1988 se integraron por: *1)* un grupo de ciudadanos que declaró haberse abstenido en 1985 y que conforma la mitad del grupo de abstencionistas declarados de 1988; *2)* un grupo que dijo haber votado en 1985 pero que no votaría en 1988; *3)* una minoría de jóvenes recién ingresados a las filas del padrón. En el cuadro 3, se aprecia que el PAN y el FDN activan proporcionalmente un mayor número de abstencionistas de 1985, en comparación con el PRI; y que, por su parte, este último es el que pierde más electores que fluyen hacia la abstención.

Estos flujos de votación también se registraron entre los simpatizantes de las diferentes fuerzas partidarias, tal como se constata en el mismo cuadro 3. De los tres partidos, los priistas son los que aparentemente muestran una mayor "lealtad" (67%) a su preferencia partidaria; el PAN presenta un núcleo estable menor al del

Cuadro 3

Transferencia de votos por partidos, 1985-1988
(*Porcentajes horizontales*)

Votación por partidos en 1988	*Votación por partidos en 1985*					
	PRI	*PAN*	*FDN*	*ABST*	*Total*	
PRI	67	3	1	29	100	N = 260
PAN	23	33	3	41	100	N = 129
FDN	21	19	16	44	100	N = 207
ABST	24	9	5	62	100	N = 246

Fuente: Encuesta Comecso-1988.

Nota: Para simplificar el cuadro se excluyeron los casos de aquellos que dijeron que votarían por el PRI o el PDM en 1985 y en 1988 (n = 27).

PRI (33%), en tanto que el FDN es la fuerza electoral que menos electores propios recibe de 1985 (16%). Lo anterior indica que, en el caso del PRI, se moviliza principalmente un núcleo estable de ciudadanos. El mayor peso del núcleo de votantes constantes del PRI pone de relieve la inercia de una cultura política cuyos referentes principales se dieron en el marco de un sistema de partido hegemónico (Gutiérrez y Pacheco, 1990).

Por su lado, los electores entrevistados del PAN y del FDN, se caracterizaron por una modificación sustancial en la composición de sus preferencias electorales, pues una porción relativamente importante cambió su anterior opción partidaria o se decidió a abandonar el abstencionismo. Mientras que el PAN sólo captó votos del PRI, el FDN complementó su electorado tanto con anteriores priistas como con panistas. Esto ilustra lo atractivo que resultaron las candidaturas frentistas para los que votaban por el PAN como forma de protesta y para los priistas descontentos. Por último, en lo que se refiere al FDN, la estructura de sus simpatizantes muestra que su candidato presidencial pudo aglutinar coyunturalmente al mayor y más variado conjunto de fuerzas electorales, y que esto tuvo además un efecto remolcador en la elección de diputados.

¿Qué características tuvieron los electores que mantuvieron el voto por el PRI y cuáles tuvieron aquellos que optaron por apoyar a los candidatos del PAN o alguno de los partidos del frente cardenista? El análisis de los cambios en la votación, entre 1985 y 1988,

a partir de las variables ocupación, educación e ingreso, nos dan los trazos del retrato socioeconómico de los diferentes grupos de electores. Esta parte del trabajo también se apoyará en los datos de la encuesta, pues logró reflejar con bastante aproximación las transferencias finales de votos (véase el cuadro 4), lo cual le concede un buen nivel de confiabilidad al análisis subsecuente. Por otra parte, sólo trabajaremos, en lo que resta del apartado, con el grupo de electores que declararon su intención de votar y que sí dijeron por cuál partido lo harían.

3.1 *Cambios en la votación por ocupación*

La ocupación, como exponente de ciertas capas de electores, es un elemento de análisis que puede aportar datos interesantes para la comprensión del fenómeno electoral de 1988 en el D.F.; particularmente respecto a aquellas ocupaciones que parecían ser el sustrato social más importante en el funcionamiento de las máquinas electorales priistas. Así, las diversas organizaciones sindicales y populares vinculadas al PRI, que anteriormente tenían la capacidad de

Cuadro 4

Transferencia finales de votos entre los partidos

	*Muestra**		
	1985	*1988*	*DIF***
PAN	24	21	—3
PRI	63	43	—20
FDN	10	34	+24
Otros	3	2	—1
Votación total	100	100	—
(N=)	(495)	(616)	

* Los porcentajes de votación por partido están calculados sobre los totales de entrevistados que dijeron por cual partido votarían respectivamente para cada año.

** Diferencia de votación obtenida de sustraer el porcentaje obtenido en 1985, al alcanzado en 1988.

Fuente: Encuesta Comecso-1988 y los datos oficiales de la Comisión Federal Electoral.

orientar el sentido del voto, se encuentran especialmente representadas en el estrato de los trabajadores. Por otra parte, la existencia de un electorado inercial, cuya participación pasiva apoyaba las victorias electorales del entonces partido hegemónico, tenía en las amas de casa un componente importante, tal como parecen indicarlo diversas encuestas sobre este tema.

Para evaluar la incidencia del tipo de ocupación sobre los cambios en el comportamiento electoral, revisaré en cada estrato ocupacional las tendencias a la participación y las preferencias partidarias manifestadas. Los estratos ocupacionales que utilizaremos son tres: población no activa económicamente, trabajadores manuales y trabajadores no manuales. Las tasas de participación presentan variaciones por ocupación, que se presentan en el cuadro 5. El grupo de trabajadores no manuales es el que más incrementa su intención de participar en las elecciones de 1988. Entre la población no activa económicamente casi no aumenta el deseo de acudir a las urnas; mientras que el rubro trabajadores manuales registra un aumento algo mayor.

La estructura de la votación por ocupaciones en 1985, al compararla con la de 1988 (véase el cuadro 6), revela que los trabajadores manuales entrevistados fueron los que transfirieron un mayor número de votos al frente, y que también fue en este grupo donde proporcionalmente el PRI parece haber perdido más electores.

Cuadro 5

Tasas de participación* electoral por ocupaciones

Ocupación	*Población no activa económicamente*	*Trabajadores manuales*	*Trabajadores no manuales*
1985	62	60	63
1988	69	69	75
Variación	+7	+9	+12

* La tasa se calcula al dividir, para el año respectivo y para cada categoría o nivel, el total de entrevistados que dijeron que votarían por un partido, entre el total de los que tenían 18 o más años.

Fuente: Encuesta Comecso-1988.

Cuadro 6

Comparación del voto entre 1985 y 1988, por grupos ocupacionales (*Porcentajes*)

	Población no activa económicamente			*Trabajadores manuales*			*Trabajadores no manuales*		
	85	*88*	*Dif.**	*85*	*88*	*Dif.**	*85*	*88*	*Dif.**
PAN	22	23	+1	23	20	—3	26	19	—7
PRI	65	44	—21	63	35	—28	58	44	—14
FDN	9	30	+21	9	42	+33	14	37	+23
Otros	4	3	—1	5	3	—2	2	0	—2
Total	100	100	—	100	100	—	100	100	—
(N=)	(238)	(302)		(106)	(126)		(151)	(188)	

* Diferencia de votación obtenida, al sustraer el porcentaje obtenido en 1985, del alcanzado en 1988.

Fuente: Encuesta Comecso-1988.

3.2 *Cambios en la votación según el nivel educativo*

La educación es uno de los factores sociales que mejor contribuye a explicar, de manera más o menos directa, la propensión a la participación electoral y la preferencia partidaria. Ciertamente, el sexo y la edad determinan el mayor o menor acceso que se tuvo a la escolarización; pero cuando se analiza el efecto de las dos primeras variables sobre la preferencia partidaria a partir del nivel educativo, se hace evidente que la influencia de aquéllas se atenúa bastante (véase Pacheco, 1990).

Esto se debe a que el acceso a más elevados niveles educativos incrementa la competencia del individuo para producir una opinión política. Son los individuos con más educación y jerarquía social, quienes pueden reconocer en un evento su dimensión política y tienen la capacidad de constituirlo como tal (Bourdieu, 1979, pp. 466-489; Gaxie, 1990, p. 101). Además, la educación permite desarrollar una visión sistemática y explícita, pero con matices, de los acontecimientos políticos. Para estudiar el comportamiento electoral según los niveles educativos, establecí tres categorías: básico (0

a 6 años de escolarización), medio (7 a 12 años) y superior (13 y más años).

En cuanto a la inclinación por la participación en los comicios, encontramos, en lo que se refiere a 1985, que existe un patrón diferenciado, pues los de menor educación aparecen como los más propensos a participar, e inversamente los de mayor educación registran un menor interés por acudir a las urnas (véase el cuadro 7). Pero ante las elecciones de 1988, las intenciones de votar se emparejaron y registraron su aumento más fuerte entre los que tienen educación superior.

Cuadro 7

Tasas de participación* electoral por nivel educativo

	Bajo	*Medio*	*Superior*
1985	66	61	54
1988	71	70	73
Variación	+5	+9	+19

* Las tasas se calcularon de manera similar al cuadro 5.
Fuente: Encuesta Comecso-1988.

Las variaciones en la preferencia partidaria entre 1985 y 1988, según el nivel educativo, son altamente indicativas en cuanto al tipo de electores que modificaron su opinión (véase el cuadro 8): es entre los electores de bajo nivel educativo, donde el PRI registra sus mayores pérdidas, las cuales tienden a decrecer en los niveles medio y superior. Las ganancias del FDN son mayores entre el grupo de bajo nivel educativo y decrecen en los niveles subsecuentes.

3.3 *Cambios en la votación según el nivel de ingreso*

Aunque el ingreso suele ir de la mano con el nivel educativo, no deja de ser interesante explorar el sentido de su influencia sobre la participación electoral y las preferencias partidarias. En lo que se refiere al ingreso, establecí cuatro categorías: bajo (hasta dos sala-

Cuadro 8

Comparación del voto entre 1985 y 1988, por nivel educativo
(*Porcentajes*)

	Bajo			*Medio*			*Superior*		
	85	*88*	*Dif.**	*85*	*88*	*Dif.**	*85*	*88*	*Dif.**
PAN	19	14	—5	25	22	—3	33	31	—2
PRI	73	50	—23	58	39	—19	47	36	—11
FDN	4	34	+30	13	37	+24	17	31	+14
Otros	4	2	—2	4	2	—2	3	2	—1
Total	100	100	—	100	100	—	100	100	—
(N=)	(201)	(218)		(200)	(260)		(94)	(138)	

* Diferencia de votación obtenida, al sustraer el porcentaje obtenido en 1985, del alcanzado en 1988.

Fuente: Encuesta Comecso-1988.

rios mínimos), medio-bajo (dos a cinco s.m.), medio-alto (cinco a diez s.m.) y alto (más de diez s.m.). La comparación de la tasa de participación de 1985 con la de 1988, por niveles de ingreso, muestra que los mayores incrementos en la intención de voto se registraron entre los estratos de ingreso medio-bajo seguido del alto, en tanto que el medio-alto y el bajo aumentaron menos (véase el cuadro 9).

Cuadro 9

Tasas de participación* electoral por nivel de ingreso

	Alto	*Medio-alto*	*Medio-bajo*	*Bajo*
1985	52	53	56	60
1988	67	65	74	70
Variación	+15	+12	+18	+10

* Las tasas se calcularon de manera similar al cuadro 5.

Fuente: Encuesta Comecso-1988.

La comparación de las preferencias partidarias en esas cuatro categorías presenta un patrón de distribución análogo al de la educación (véase cuadro 10): el PAN presenta variaciones menores, pero que claramente indican que sólo mejoró su votación entre los estratos de más altos ingresos; mientras que se estanca o presenta leves pérdidas a medida que desciende en la escala de ingreso. El PRI registra sus mayores pérdidas entre la gente de ingresos bajos y medios-bajos, y disminuyen entre los grupos de ingresos altos y medios-altos. Los partidos del FDN cosecharon sus mayores ganancias entre esos dos primeros grupos, en tanto que entre estos últimos fueron menores.

Este análisis de las modificaciones en las preferencias partidarias según las características socioeconómicas, apunta, tanto en los datos agregados por distrito como en los de la encuesta, en una misma dirección. En ambas perspectivas, los resultados parecen ir en el sentido de dar verosimilitud a la hipótesis de que fue entre las capas populares del Distrito Federal donde el PRI registró sus mayores pérdidas electorales, y donde el FDN captó la mayor parte de sus nuevos sufragios, si bien hay que recalcar que el Frente logró activar a electores de muy diversos orígenes, en especial a los que en 1985 no habían participado (cuadro 3). Probablemente por esta razón, el perfil socioeconómico de los electores cardenistas de 1988 pudo reflejar de manera más aproximada la pluralidad social de la población capitalina (Pacheco, 1990).

4. El ethos del elector cardenista

Al fallar los mecanismos de intermediación y control político tradicionales —representación corporativa y líderes urbanos—, los procesos de socialización política resintieron sus efectos. Esto se expresó en un cambio en las opiniones respecto al gobierno y al PRI. Aunque no se puede aún afirmar que estén plenamente establecidas nuevas formas de socialización, ni tampoco que haya surgido una nueva cultura política ciudadana, sí es claro que ciertas modificaciones se han operado en la actitud subjetiva de los electores ante los problemas políticos, o, en todo caso, atisbaron que las elecciones podían ser un medio para manifestar su descontento.

Ciertamente, las representaciones mentales que de la política tienen las clases populares, no derivan de una evaluación sistemática y racional de los eventos políticos; pero sí existe una serie de factores que inciden sobre sus percepciones y pueden afectar su con-

Cuadro 10

Comparación del voto entre 1985 y 1988, por nivel de ingreso
(*Porcentajes*)

	Alto			*Medio-alto*			*Medio-bajo*			*Bajo*		
	85	*88*	*Dif.**	*85*	*88*	*Dif.**	*85*	*88*	*Dif.**	*85*	*88*	*Dif.**
PAN	39	43	+4	27	27	0	21	20	—1	21	16	—5
PRI	42	31	—11	58	43	—15	65	42	—23	66	44	—22
FDN	11	24	+13	14	29	+15	11	35	+24	9	38	+29
Otros	8	2	—6	1	1	0	3	3	0	4	2	—2
Total	100	100	—	100	100	—	100	100	—	100	100	—
(N=)	(38)	(49)		(66)	(81)		(170)	(226)		(221)	(260)	

* Dif. = Es la diferencia que se obtiene de sustraer al porcentaje de votación obtenido en 1988, el alcanzado en 1985.
Fuente: Encuesta Comecso-1988.

ducta, en este caso, electoral. Entre ellos se encuentran las expectativas respecto a la evolución de la situación económica y a la eficacia del gobierno para superar la crisis. Lejos de ser percibida en su dimensión macroeconómica, la crisis se mide fundamentalmente por los efectos de la inflación en los bolsillos de estos electores; esto es, derivan de una experiencia empírica cotidiana. En un país donde durante décadas, el ciudadano se educó bajo la idea de que el gobierno debe intervenir ampliamente en la política económica para asegurar el bienestar de las clases populares, es lógico que, ante los efectos de la inflación, vea en la ineficiencia del gobierno la principal causa del negativo desempeño de la economía, sobre todo en lo que se refiere a la distribución de los costos sociales de la crisis.

Por otra parte, este malestar de bolsillo se aúna a los problemas de la crisis de representación a la que aludíamos antes, y genera un sentimiento de anomia política. En este contexto, la división y ruptura dentro de la élite desempeñó un gran papel para dar una expresión electoral a esa situación. La presencia de una candidatura o, mejor aún, de un símbolo carismático que cuestionaba el abandono del estado providencial y criticaba al gobierno por su mal desempeño en la gestión pública, no podía menos que atraer la simpatía de los sectores populares. Esa ruptura de la élite tomó la forma de un desacuerdo político en las reglas del juego para la transmisión del poder —en otras palabras, respecto a las reglas internas del régimen para seleccionar candidato presidencial, y el recurso al sistema de partido hegemónico para garantizar la mayoría electoral— y trasladó el conflicto a la arena electoral. En su búsqueda de apoyo, la disidencia cardenista interpeló a ese malestar popular, le ofreció una figura carismática que colmó temporalmente la anomia y logró que la protesta se expresase en el sufragio.

Para evaluar mejor los cambios en la conducta electoral y precisar el conjunto de percepciones que le sirvieron de contexto, seleccioné dos grupos importantes de electores, cuyas opiniones me sirvieron para comparar con alto contraste sus diferencias: los que dijeron haber votado por el PRI tanto en 1985 como en 1988, y los que lo hicieron en favor del FDN en 1988 pero por ninguno de sus partidos constitutivos en 1985, es decir, los nuevos electores del Frente. Respecto a la situación económica (cuadro 11), se revela una diferencia en sus expectativas hacia el futuro, pues los priistas son menos pesimistas que los cardenistas; pero ambos grupos consideran mayoritariamente que el gobierno debe controlar los precios de todos los productos. Otra diferencia que surge entre priistas y car-

Cuadro 11

Opiniones de los priistas estables y de los nuevos votantes del FDN sobre la situación económica
(*Porcentajes*)

	*PRI** *(n = 173)*	FDN* *(n = 183)*
1. Dentro de 5 años la situación económica será:		
a) mejor	17	4
b) igual	16	10
c) peor	64	82
d) no responde	3	4
Total	100	100
2. El gobierno debe:		
a) permitir total libertad de precios	9	8
b) controlar precios de productos básicos	27	25
c) controlar precios de todos los productos	62	65
d) no responde	2	2
Total	100	100
3. Las acciones del gobierno pueden ayudar a resolver la difícil situación económica:		
a) si	61	47
b) no	35	49
c) no responde	4	4
Total	100	100

* PRI = electores que declararon votar por los candidatos del PRI para diputados, en 1985 y en 1988; FDN = electores que declararon no haber votado por los partidos del FDN en 1985, pero que sí apoyaron alguno de ellos en 1988.

Fuente: Encuesta Comecso-1988.

demistas se refiere a la eficacia gubernamental, pues los primeros confían un poco más que los segundos en que las acciones del gobierno ayudarán a resolver la difícil situación económica. Esta percepción de que el gobierno no será capaz de afrontar en el futuro la crisis económica, nos remite a la evaluación que los ciudadanos hacen respecto al funcionamiento del sistema político.

La diferencia crucial reside en la confianza que se tiene respecto al gobierno, su evolución política y la eficacia del sistema de partidos para expresar opiniones diversificadas (véase el cuadro 12). Los nuevos electores cardenistas mayoritariamente consideran que

Cuadro 12

Opiniones de los priistas estables y de los nuevos votantes del FDN sobre el sistema político
(*Porcentajes*)

	*PRI** *(173)*	FDN* *(183)*
1. Los gobiernos priistas:		
a) cumplen con las metas de la revolución	16	4
b) no las cumplen, pero son eficientes	46	21
c) se han alejado de ellas y actúan deshonesta e irresponsablemente	27	69
d) no responde	11	6
Total	100	100
2. En el sistema de partidos de México:		
a) más de un partido tiene acceso al poder	25	12
b) sólo un partido tiene acceso al poder, pero los demás pueden influir	31	28
c) sólo un partido tiene acceso al poder	34	55
d) no responde	10	5
Total	100	100
3. El sistema político mexicano:		
a) es fundamentalmente democrático	21	11
b) no es completamente democrático, pero evoluciona en ese sentido	49	38
c) no es democrático, ni evoluciona	18	41
d) no responde	12	10
Total	100	100

* PRI = electores que declararon votar por los candidatos del PRI para diputados, en 1985 y en 1988; FDN = electores que declararon no haber votado por los partidos del FDN en 1985, pero que sí apoyaron alguno de ellos en 1988.

Fuente: Encuesta Comecso-1988.

el gobierno ha actuado de manera deshonesta e irresponsable, que sólo un partido tiene acceso al poder y muy pocos piensan que el sistema político mexicano es democrático. El punto de vista más tajante dentro de este grupo, se ubica en la opinión negativa respecto al desempeño gubernamental, donde se trasluce precisamente una evaluación que linda en lo moral, característica del ethos de las clases populares.

Ante las preguntas específicas relativas al sistema electoral (véase el cuadro 13), de nueva cuenta se manifiestan diferencias importantes, pero que indican la existencia, entre los electores cardenistas, de un proceso incipiente de modificación de su cultura política: votan más para protestar, para fortalecer la democracia, o para oponerse al PRI. Además, si bien el 87% de ellos opinan que a veces o siempre hay fraude electoral, el 61% piensa que es evitable, lo que refleja una intuición de que la política es modificable por la acción ciudadana, aunque sólo el 25% esté dispuesto a participar en acciones políticas. En cambio, los priistas consistentes acuden a menudo a votar aduciendo que es un derecho y una obligación; se inclinan por el PRI "porque siempre gana" o "es el partido más fuerte", y sólo una minoría piensa que siempre hay fraude electoral. De ahí que al grueso de los priistas no les preocupe emprender acciones correctivas para evitar el fraude.

Cuadro 13

Opiniones de los priistas estables y de los nuevos votantes del FDN sobre el sistema electoral
(*Porcentajes*)

	*PRI** *(173)*	FDN* *(183)*
1. Razón por la que sí piensa votar en julio 1988:		
a) es derecho y obligación ciudadana	62	46
b) que el gobierno sepa si estamos a gusto o no	5	15
c) para fortalecer la democracia	9	13
d) escoger al nuevo presidente	9	10
e) por temor a represalias	11	10
f) no responde	4	6
Total	100	100
2. Razón por la que vota en favor de ese partido:		
a) siempre gana	40	2
b) conozco su programa	16	10
c) soy miembro de ese partido	10	3
d) es la oposición más fuerte al PRI	5	30
e) me gustan sus ideas	19	41
f) mi sindicato es de ese partido	3	2
g) en la iglesia dicen que es el mejor	0	3

	*PRI** *(173)*	FDN* *(183)*
h) sus candidatos ayudan a resolver problemas	9	7
i) defiende principios de revolución mexicana	14	25
j) es el partido más fuerte	23	5
Total	**	**
3. En México:		
a) el voto se respeta siempre	42	9
b) a veces se respeta el voto y a veces fraude	39	41
c) siempre se hace fraude	12	46
d) no responde	7	4
Total	100	100
4. ¿Es posible evitar el fraude electoral?		
a) si	35	61
b) no	17	26
c) el voto se respeta siempre	42	9
d) no responde	6	4
Total	100	100
5. ¿Asistiría a un mitin de protesta por el fraude?		
a) sí asistiría	4	24
b) estaría atento a las noticias del mitin	63	64
c) no prestaría atención	25	8
d) no responde	8	4
Total	100	100

* PRI = electores que declararon votar por los candidatos del PRI para diputados, en 1985 y en 1988; FDN = electores que declararon no haber votado por los partidos del FDN en 1985, pero que sí apoyaron alguno de ellos en 1988.

** En esta pregunta no reportamos el total, porque los entrevistados podían escoger hasta dos razones de voto y por ello el total no coincidiría con el 100 por ciento.

Fuente: Encuesta Comecso-1988.

Las clases populares evalúan los acontecimientos de la vida pública, en función de la experiencia cotidiana a través de la cual perciben esos eventos. Esas percepciones son filtradas o asimiladas a través de un ethos de clase, modelado pragmáticamente en la vida privada y teñido de evaluaciones morales. Por otra parte, su menor capital escolar no las capacita para reconocer los problemas políticos y constituirlos racionalmente como tales. Esto alimenta en estas clases la propensión a buscar agentes a quienes delegar la for-

mación de una opinión respecto a un asunto público (Bourdieu, 1979, pp. 463 = 500; Gaxie, 1990). Las representaciones mentales que se hacen de la política, y que eventualmente pueden empujar a estas clases a actuar electoralmente, no derivan de una evaluación sistemática y racional de los eventos políticos; pero sí registran los efectos de factores como los analizados anteriormente —inflación, gestión gubernamental, crisis de representación, ruptura de la élite y traslado de este conflicto a la arena electoral— y llegan a influir sobre su conducta política, al menos en momentos tan álgidos como lo fue la coyuntura electoral de 1988.

La propensión de las clases populares a delegar en otros actores, en quienes reconoce la competencia técnica para generar opiniones políticas, encontró en Cuauhtémoc Cárdenas la figura adecuada para expresar su malestar. En este sentido, la capacidad de su nombre para evocar un pasado idealizado, se prestó mejor que ningún otro símbolo para sintetizar su estado de ánimo y su descontento. A través de esta forma transitoria de intermediación, las clases populares del D.F. modificaron las orientaciones de su conducta electoral y tomaron del discurso político disidente aquellos elementos que, a lo largo de la campaña electoral, lograron filtrarse y permear su imaginario. De este modo, para externar su malestar, incorporaron las formas del discurso político que esa figura les ofrecía y que mejor compaginaban con su ethos, con mayor razón, si se toma en cuenta que ese grupo disidente contaba con una figura que, por su filiación familiar, pudo activar ese ethos de clase. Así, el descontento de las clases populares cobró importancia al trasladarse a la arena electoral.

La población marginada de la capital de la República miraba al futuro económico con gran pesimismo y le reprochaba al gobierno su incapacidad para impedir lo que sucedía. Por esta razón, criticaba con mayor fuerza la falta de probidad gubernamental y las consecuencias cotidianas de la crisis, y se preocupaba menos de la noción abstracta de falta de democracia en el sistema político. Ese descontento se articuló políticamente a través del discurso electoral cardenista. Así, esta actitud forjada desde su ethos de clase, quedó revestida de ese andamiaje discursivo. En 1988, los pobres de la capital prefirieron mirar con nostalgia hacia una candidatura que activó en el imaginario popular la remembranza de la mitificada edad de oro del Estado populista de los años treinta.

Nota metodológica

En este trabajo recurrí al uso de diversas fuentes para estudiar el cambio en las preferencias electorales en el Distrito Federal entre 1985 y 1988. Esto obedece a la necesidad de ofrecer evidencias variadas que confirmen las hipótesis expuestas. Lo que me interesaba era verificar si los resultados de analizar el problema a partir de distintas fuentes apuntaban todos en el mismo sentido. Este análisis se centra en los resultados de la elección de diputados.

En el estudio de esta problemática, utilicé datos electorales y socioeconómicos de los distritos electorales. Los primeros corresponden a los dados a conocer en la Comisión Federal Electoral, y los segundos a los del Perfil Ciudadano elaborado por el Registro Nacional de Electores en 1988 (nivel educativo, ocupación). Basándome en los datos distritales de ambas fuentes, así como los del Mapa Mercadológico BIMSA, fue como establecí los criterios a partir de los cuales elaboré los mapas 1, 2, 3, 4, 5, 8 y 9. También recurrí a los datos de la encuesta levantada en junio de 1988 por el grupo Comecso de Estudios Electorales.

Cabe sehalar que los datos de los resultados electorales de 1988 han sido sometidos a fuertes críticas en el sentido de que son fraudulentos. No es nuestro objetivo entrar aquí en esa polémica, pero sí queremos señalar las razones por las cuales los utilizamos. En primer lugar, las casillas del Distrito Federal son las mejor vigiladas por los partidos de oposición al PRI, lo que reduce significativamente la posibilidad de distorsión de los resultados; en segundo lugar, son las únicas cifras con que se cuenta para desarrollar los análisis; en tercer lugar, en el aspecto de agregación en el que estamos trabajando, sí permiten analizar las grandes tendencias.

En cuanto al padrón electoral y su perfil ciudadano —donde se reúnen las principales características socioeconómicas de los empadronados y del cual extraje la estructura educacional y educativa de los distritos electorales—, existen también numerosas críticas respecto a su precisión. En este caso, al igual que en el anterior, como estamos trabajando con datos muy agregados, las tendencias generales no se desdibujan. Por otra parte, es cierto que el padrón presenta ciertos problemas que derivan de las limitaciones de su actualización continua, la cual exige una constante y muy rápida corrección de sus datos. Esto redunda en un retrato socioeconómico que "barre" información capturada en diferentes años, que no toma en cuenta con la suficiente agilidad los cambios ocurridos en las características de los ciudadanos inscritos en el registro. Pero

la estructura educativa y ocupacional de la población cambia a lo largo de periodos muy extensos, de modo que la imprecisión derivada de la lenta actualización del padrón no esfuma las grandes tendencias.

En la encuesta del grupo Comecso de Estudios Electorales, del cual formo parte, se aplicaron 901 cuestionarios, de los cuales quedaron validados 869. Las entrevistas se realizaron a domicilio en la segunda quincena del mes de junio de 1988. La muestra se obtuvo en dos pasos: primero, se sortearon las más de cien mil páginas del padrón electoral del D.F. y se seleccionaron aleatoriamente 480 hojas, con 24 mil nombres y sus respectivos domicilios, con los cuales se conformó un archivo; segundo, de este último se obtuvo una muestra aleatoria de mil casos, estratificada por sexo y edad, de acuerdo con los datos del perfil ciudadano.

Aunque la intención original era la de obtener una muestra aleatoria, las dificultades en la aplicación de 99 cuestionarios y la no validación de otros 32, distorsionaron la estratificación original y, sobre, todo, los supuestos de aleatoriedad se perdieron. Esto quiere decir que los resultados de la encuesta no pueden generalizarse, aunque mantienen su utilidad como instrumento de análisis si se adopta una actitud prudente respecto a su representatividad de la población global capitalina.

En descarga de esta situación, la encuesta Comecso-1988, tiene a su favor el hecho de ser una de las raras encuestas aplicadas recientemente, cuyo objetivo va más allá del pronóstico electoral, y se preocupa centralmente por comprender los mecanismos a través de los cuales se articula la cultura política del D.F. y cómo se manifiesta en patrones de comportamiento electoral.

En la encuesta se captaron las ocupaciones de acuerdo con los 17 rubros que establece el perfil ciudadano, pero a efecto de evitar la dispersión de la información, se agruparon para obtener una información más compacta, pero siempre uniendo categorías cuyo *status* social fuese más o menos similar. Obtuvimos tres categorías: *1)* Población no activa económicamente: hogar, estudiantes, jubilados, ocupaciones no especificadas; *2)* trabajadores manuales: obreros no calificados, trabajadores especializados, técnicos independientes, choferes y el rubro de comerciante, vendedor o agente (este grupo lo incluí aquí porque casi todos los entrevistados tenían ingresos bajos y nivel educativo bajo) y agricultores; *3)* trabajadores no manuales: empleados y funcionarios tanto del sector público como del privado, militares, profesionistas independientes, y el rubro de artistas y deportistas.

El nivel de ingreso de los entrevistados no se estableció a partir de preguntas específicas en el cuestionario, sino que derivó de adjudicar a cada entrevistado el nivel de ingresos correspondientes a la colonia en la que habita. Para ello se utilizó la información del mapa Mercadológico BIMSA, donde los niveles de ingreso de las colonias de la Ciudad de México están medidos en unidades de salarios mínimos, evaluados en función del aspecto de la mayoría de sus respectivas viviendas. Reagrupé las siete categorías originales para obtener sólo cuatro: *a)* ingreso bajo hasta dos salarios mínimos; *b)* medio-bajo, de dos a cinco salarios; *c)* medio-alto, de cinco a diez salarios; *d)* alto, mayor a diez salarios. Utilizando esta misma información, clasifiqué los distritos electorales de acuerdo con la proporción que las zonas de bajos ingresos ocupaban en su demarcación territorial.

En este trabajo he optado por comparar la votación de 1988 con la de 1985 por diversas razones. En primer lugar, desde 1961 y con excepción de 1976, existe una clara tendencia descendente, que no presenta una alta dispersión; así que en el largo plazo, la relación de 1988 con cualquier otro proceso anterior se inserta en la misma tendencia. En segundo lugar, a corto plazo, cada uno de los cuatro procesos electorales federales, entre 1979 y 1988, presenta características diferentes respecto a los otros tres y ninguno sería estrictamente comparable entre sí. Tercero, a pesar de lo anterior, lo que sí existe es una secuencia cronológica entre 1985 y 1988, que en el marco de las convenciones existentes para el análisis de transferencia de votos es la comparación pertinente.

Obras citadas y fuentes primarias

Azuela, Antonio (1989), "El derecho a la ciudad", mimeo.

Báez, Francisco (1988), "D.F.: Una radiografía electoral", en *Cuaderno de Nexos*, núm. 5, diciembre 1988, México, pp. VII-IX.

Bourdieu, Pierre (1979), *La distinction. Critique sociale du jugement*. Paris, Minuit.

BIMSA, Mapa Mercadológico de la Ciudad de México, 1985, México.

Comecso-Grupo de Estudios Electorales, Base de datos de la encuesta "Cultura Política y Participación Electoral en el Distrito Federal", julio de 1988.

Comisión Federal Electoral, Reforma Política. Gaceta Informativa de la CFE, vol. IX, México, 1982.

_____, "Elección de diputados uninominales", Datos del sistema nacio-

nal de información de la CFE, publicados en Perfil de La Jornada, los días 17, 18, 19, 20 y 24 de julio de 1985.

_____, "Proceso Electoral Federal 1988. Diputados de Mayoría Relativa", mimeo, 13 de julio de 1988.

Cornelius, Wayne (1986), *Los inmigrantes pobres en la Ciudad de México y la política*. México, Fondo de Cultura Económica.

Delgado, Javier (1988), "El patrón de ocupación territorial de la Ciudad de México al año 2000" en O. Terrazas y E. Preciat, *Estructura territorial de la Ciudad de México*. México, DDF y Plaza y Valdés, pp. 101-160.

_____(1990), "De los anillos a la segregación. La Ciudad de México, 1950-1987", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 5, núm. 2, mayo-agosto de 1990, México, pp. 237-274.

Duhau, Emilio y Lidia Girola (1990), "La ciudad y la modernidad inconclusa", en *Sociológica*, año 5, núm. 12, enero-abril de 1990, UAM-Azcapotzalco, pp. 9-32.

Eckstein, Susan (1982), *El estado y la pobreza urbana en México*. México, Siglo XXI.

Foweraker, Joe (1989), "Popular movements and the transformation of the system" en W. Cornelius, J. Gentleman y P. Smith, *Mexico's Alternative Political Future*. Monograph series, 30, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego, pp. 109-130.

Gaxie, Daniel (1990), "Au-délà des apparences...", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 81-82, marzo de 1990, París.

Guillén, Tonatiuh (1988), "Crisis económica y cambio político en México: una visión desde la frontera norte", en *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 16, enero-abril, México, pp. 103-127.

Gutiérrez, Roberto y Guadalupe Pacheco (1990), "Nuestra frágil cultura política", en *Política*, núm. 55, suplemento de *El Nacional*, 29 de mayo de 1990.

Hobsbawm, Eric (1988), "Los partidos obreros en las ciudades", en *Revista Mexicana de Sociología*, año L, núm. 3, julio-septiembre de 1988, IIS-UNAM, pp. 21-36.

Knight, Alan (1989), "Popular Organizations and Political Transformations: A Historical Perspective", ponencia presentada en el *XV Congreso Internacional de LASA*. Miami, diciembre de 1989, mimeo.

Lezama, José Luis (1990), "Hacia una revaloración del espacio en la teoría social", en *Sociológica*, año 5, núm. 12, enero-abril de 1990, UAM-Azcapotzalco,pp. 33-46.

Michel, Marco; José Luis Mecatl y Alicia Ziccardi (1988), *Casa a los damnificados*. México, IIS-UNAM.

Molinar, Juan y Leonardo Valdés (1987), "Las elecciones de 1985 en el Distrito Federal", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIX, núm. 2, abril-junio de 1987, IIS-UNAM, pp. 183-215.

Núñez, Óscar (1990), *Innovaciones democrático-culturales del movimiento urbano popular*. México, UAM-Azcapotzalco.

Pacheco, Guadalupe (1990), "El pluralismo político y social del Distrito Federal", en *Argumentos*, núm. 9, abril de 1990, DCSH, UAM-Xochimilco, pp. 7-22.

Peschard, Jacqueline (1988), "Las elecciones en el Distrito Federal entre 1964 y 1985", en *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 16, enero-abril de 1988, El Colegio de México, pp. 67-101.

Porras, Agustín (1990), "Zona Metropolitana de la Ciudad de México: población y tasas de crecimiento medio anual 1980-1990", mimeo.

Registro Nacional de Electores, (1988), Perfil Ciudadano, México.

Segovia, Rafael (1967), *La politización del niño mexicano*. México, El Colegio de México.

Terrazas, Óscar (1988), "De la ciudad central a la ciudad interior", en *Estructura territorial de la Ciudad de México*. México, DDF y Plaza y Valdés, pp. 79-100.

Umkel, Luis (1976), *El desarrollo urbano de México: diagnóstico e implicaciones futuras*. México, El Colegio de México.

Ward, Peter (1989a), *Políticas de bienestar social en México, 1970-1989*. México, Nueva Imagen.

_____ (1989b), "Government Without Democracy in Mexico City: Defending the High Ground", en W. Cornelius, J. Gentleman y P. Smith, *Mexico's Alternative Political Futures*. Monograph series, 30, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego, pp. 307-324.